

mente por cosa ligera, y *pluma* en la acepcion literal, por las que usamos para escribir, continúa :

Y escribimos al mar letras inciertas.

Téngase presente que cuando la metáfora, aunque bien escogida y clara en sí misma, puede parecer algo oscura, porque acaso el lector podrá no tener presente alguna de las ideas intermedias que el escritor ha recorrido para formarla ; es necesario sugerírsela, poniendo delante otras que la exciten, lo cual se llama *preparar* las metáforas, ó expresando primero en términos literales el pensamiento contenido en la expresion metafórica. Tambien se suavizan las metáforas que pueden parecer algo atrevidas, haciendo preceder un *por decirlo así ; si me es permitido hablar así, etc.*, ó cualquiera otra de las fórmulas que hay para ello. Pues aunque dice Blair que estos son desgraciados lenitivos, y que hubiera sido mejor omitir las metáforas que necesitan de esta apología, esto debe entenderse cuando la metáfora es notablemente oscura en sí misma ; pero cuando solo puede parecerlo por falta de instruccion en los lectores, no hay inconveniente en usar dichas fórmulas, puesto que las han usado todos los buenos escritores. Se entiende en prosa, que en verso rara vez podrán entrar.

Regla quinta,

É importantísima. Una vez representado un objeto bajo la imágen de otro que le es semejante, es indispensable que cuanto se diga de él dentro de aquella cláusula, ya sea con términos literales, ya con metafóricos, pueda convenir tambien al otro bajo cuya imágen se presenta. El hacerlo así es lo que se llama *sostener* la metáfora. Por ejemplo, en la ya citada del Ministro y la columna, es evidente que mientras no designo al Ministro mas que por su nombre, puedo decir de él todo lo que en rigor puede convenir á un hombre que tiene un empleo ; verbi gracia, en expresiones literales, *que gobierna la nacion, que ha muerto, que ha sido desterrado, que se ha casado, etc.* ; y en expresiones figuradas, comparándole mentalmente con ciertos objetos con los cuales me parezca que tiene alguna semejanza, *que sujeta y refrena los partidos, que vivifica el Estado* ; pero una vez presentado bajo la imágen de una columna, ya no puedo decir de él, sino lo que en rigor pueda decirse en su línea del objeto material llamado columna.

Así diré muy bien que *sostiene la nacion, que ha caído, ó se mantiene inmoble*, y otras cosas de esta clase, que igualmente pudieran decirse de una columna material ; pero no podré decir sin impropiedad estas y otras expresiones : *La columna de este imperio ha sido desterrada ó despojada de su empleo, se ha casado, ha muerto, gobierna bien la nacion, refrena los partidos, etc.*, porque no se destierra, ni se despoja de su empleo á las columnas, ni estas se casan, ni mueren, ni gobiernan, ni refrenan.

Por ser esta regla muy capital, y haberse descuidado en observarla aun escritores de primer orden, me es necesario multiplicar ejemplos de semejantes faltas, aun á costa de ser algo prolijo. Virgilio, el gran Virgilio, dice, en el libro 4, de la *Eneida*, que cuando Enéas fué á presentarse á Dido por consejo de su madre Vénus, esta diosa hizo que su cabello pareciese mas hermoso, dió á toda su persona cierto aire de juventud, y comunicó á sus ojos la viveza y alegría propias de esta edad. Y si hubiese expresado estas ideas en términos literales, ó con metáforas coherentes y bien sostenidas, nada habria que decir ; pero por haber referido las tres cosas, á saber, la cabellera, la juventud y la alegría de los ojos á un solo verbo tomado en significacion trasladada, resultó la metáfora monstruosa. Dice así :

••••• Namque ipsa decoram  
Casariem nato genitrix, lumenque juventa,  
Purpureum, et latos oculos afflarat honores.

El verbo *afflare*, como los otros compuestos de *sto, perficare, conflare*, etc., conserva la significacion literal de *soplar*, esto es, impeler el aire de esta ó de aquella manera ; y cuando no la conservara, excitaria siempre la idea del *soplo*, Virgilio le empleó en la figurada de *comunicar*, como nosotros el verbo analogo *inspirar*, que aunque no rigurosamente sinónimo, porque este á la letra indica la accion con que los animales impelen el aire hácia lo interior del pecho por medio de los órganos de la respiracion, conviene sin embargo en la idea fundamental de impeler el aire con violencia en cierta direccion, sea la que fuere. Virgilio pues, dándole la significacion trasladada de *comunicar* una cosa, no hizo mas que emplear una metáfora ya usada por otros, y no mal escogida, y hasta aquí nada hay que censurar. Pero cuando dice que Vénus *inspiró* á su hijo una hermosa cabellera, todo hombre inte-



ligente ve con dolor que la metáfora no se sostiene, porque no se inspira una cabellera á nadie. Cuando continúa y dice que le inspiró tambien una *purpúrea luz de juventud*, tampoco se sostiene bien la metáfora; porque no se inspiran *lucos*, y ménos de juventud. Finalmente, cuando concluye que inspiró á sus ojos *honores alegres*, es todavía peor, porque no se inspiran á los ojos de nadie *honores*, y mucho ménos honores alegres ni tristes. Me he detenido á demostrar y hacer palpable la incoherencia de esta metáfora, porque se trata de un Virgilio, es decir, del segundo poeta del mundo, y de un escritor del gusto mas fino y acendrado; y quizá habrá todavía quien me trate de atrevido. Mas yo le responderé que ni él ni nadie, sea el que quiera, admira y respeta mas que yo á Homero y á Virgilio, y que nadie se postra y humilla mas en su presencia; pero que delante de la razon y del buen gusto calla toda autoridad: que los clásicos antiguos son muy acreedores á nuestra estimacion, y modelos en literatura; pero que al fin eran hombres, y alguna vez padecieron aquellos descuidos, ó dejaron caer en sus escritos aquellas ligeras manchas, *quas aut incurria fudit, aut humana parum cavet natura*, como dice Horacio: Horacio, que respecto de los griegos aconseja, que noche y dia se manejen y se lean. La manera de estudiar con utilidad los clásicos, es ir notando sus bellezas y sus defectos tambien, si alguno tienen; no admirarlo todo indistintamente, porque no todo es digno de admiracion. Hay en ellos muchas, muchísimas cosas buenas; pero tambien hay otras que no lo son tanto, y algunas conocidamente malas.

Garcilaso, hablando en su primera *Égloga* con un Grande que le protegía, le dice que escuche *el dulce lamentar de sus pastores*, y que luego su pluma se ocupará en alabar sus muchas virtudes y famosas obras, y añade:

En tanto que este tiempo que adivino,  
Viene á sacarme de la deuda un dia,

.....

El árbol de vitoria,  
Que ciñe estrechamente  
Tu gloriosa frente,  
Dé lugar á la yedra que se planta  
Debajo de tu sombra, y se levanta  
Poco á poco, *arrimada á tus loores*.

Aquí es claro que, presentándose el poeta bajo la imágen de una yedra y á su Mecénas bajo la del árbol á cuya sombra

crece la yedra, ya no debe decirse que esta se *levanta arrimada á los loores* de aquel; porque las yedras no se arriman ni pueden arrimarse á las alabanzas, ni estas pueden sostener yedras.

Fernando de Herrera, en su hermosa cancion *A la muerte del rey D. Sebastian*, despues de haber comparado á los portugueses y su poder con un cedro del Libano, y dicho de este, quizá con demasiada extension, cuanto en rigor puede convenir á un árbol; como es, que tenia ramas y hojas, que las aguas le criaron poderoso, que creció sobre todos los otros árboles, que las aves anidaron en él, que podia cubrir con su sombra mucha gente, etc., continúa así:

Pero elevóse con su verde cima  
Y sublimó la presuncion su pecho,  
Desvanecido todo y confiado,  
Haciendo de su alteza solo estima.

Aquí ya se mezcla con impropiedad el sentido literal con el figurado, porque un árbol no tiene *pecho*, ni le sublima la *ambicion*, ni se *desvanece*, ni *confía*.

Balbuena, á quien siempre encontraremos en el camino del mal gusto, hace (*Égloga* v.) que un pastor, hablando con otro que iba á escribir unos versos en la corteza de un árbol, le diga:

Ahora, en tanto que con la corteza  
Del álamo silvestre te entretienes,  
Y escribes tu tesoro en su pobreza, etc.

Pasémosle que á la cancion que el pastor queria grabar en la corteza del álamo, la llame su *tesoro*; pero presentada bajo esta imágen, ya no se puede decir que la escribe, porque un tesoro se guarda, se deposita, se pone en alguna parte, mas no *se escribe*, y mucho ménos en la *pobreza* de una corteza de álamo.

*Regla sexta.*

La cual no es en rigor mas que una consecuencia y aplicacion de la antecedente. *Cuando una metáfora se continúa en dos, tres ó mas palabras, esto es, cuando de un objeto se dicen dentro de un mismo pasage varias cosas con términos metafóricos, todos deben ser tomados de objetos de la misma clase que el primero.* El tomarlos de varias clases, es lo que se llama metáfora *mixta*; defecto grosero, contra



el cual nos previno suficientemente Quintiliano. Esta regla se funda en que, como queda probado en la anterior, una vez puesto el nombre de un objeto por el de otro, es ya necesario que cuanto se diga de él pueda convenir tambien al otro, cuyo nombre ha tomado y cuyas veces hace. Por eso Blair censura justamente estas metáforas de autores ingleses: *Tomar las armas contra un mar de turbaciones; Apagar las semillas del orgullo*; pues claro es que no se toman las armas contra el mar, ni se *apagan* las semillas. Tambien censura, y con igual razon, aquel pasaje de Horacio, en el cual, diciendo que los ingenios superiores abrasan con su resplandor á los que les son inferiores, añade que los oprimen ó abruman con su peso:

*Urit enim fulgore suo, qui prægravat artes  
Infra se positas.*

Pues si de un gran talento se puede decir, comparándole con el resplandor que arroja de sí un cuerpo luminoso, que nos deslumbra y ofusca hasta el punto de no permitirnos mirarle de hito en hito; no se puede, hecha ya esta comparacion, representarle por otra nueva como una gran mole que abruma con su enorme peso.

*Regla séptima.*

*Aun conservándose bien la analogia, no se prolonguen demasiado las metáforas continuadas.* Esto se funda en que si se insiste mucho en la semejanza, extendiéndola á todas las circunstancias del objeto, no puede ménos de oscurecerse el pensamiento y degenerar en alambicado. Por esto las metáforas demasiado largas y oscuras se llaman tambien *alambicadas*, como los pensamientos demasiado sutiles, porque en efecto, cuando queremos que todas las partes y circunstancias de un objeto tengan otras tantas correspondientes y semejantes en el otro con el cual le comparamos, tenemos que recurrir á tales sutilezas, que al fin la semejanza entre ambos, ó no existe, ó es sumamente tenue y lijera. Daré un ejemplo señalado de estas metáforas demasiado prolongadas, tomado no de un escritor de ínfima clase, sino de un orador como Bossuet. Hablando del estado del hombre despues del pecado, dice: *El hombre es un edificio arruinado que entre sus mismos escombros conserva algo todavía de la hermosura y grandiosidad de su primera forma.* Hasta aquí la metá-

fora está perfectamente sostenida, y es coherente y clara; pero la oscurece y alambica lastimosamente cuando la continúa en estos términos: *Él se arruinó por su voluntad depravada: el techo está caído sobre las paredes y los cimientos; pero quitense los escombros, y se hallarán en los restos de este arruinado edificio, su primera planta, la idea del primer diseño y la marca del arquitecto.* En efecto, si preguntásemos á Bossuet qué cosas son las que en el hombre corresponden al techo, á las paredes y á los cimientos de un edificio; qué semejanza pueden tener estos objetos materiales con el entendimiento y la voluntad del hombre; qué es quitar los escombros, ó como pueden estos quitarse; qué significan aquí la planta de un edificio, la idea del primer diseño y la marca de un arquitecto; y finalmente, qué quieren decir todas estas expresiones traducidas al lenguaje literal; ¿qué podría decir, para justificar su larga metáfora, y hacer ver que si cada una de estas cosas suele decirse de un edificio material arruinado, pueden todas ellas aplicarse tambien al hombre por una semejanza clara y natural? Tendria que recurrir á sutilezas y metafísicas que ni él mismo podría entender. Digase del hombre enhorabuena que *es un edificio arruinado*, que *todavía en el estado en que hoy se halla, manifiesta lo que fué*; pero déjense las paredes, el techo, los cimientos, los escombros, la planta, el diseño y la marca, porque con estos objetos materiales ninguna analogía tienen ni pueden tener las potencias del alma; de las cuales sin embargo es de las que Bossuet quiere decir que, aun despues del pecado, conservan algo de lo que fueron ántes. Habiendo manifestado con este ejemplo, no solo lo que es alambicar las metáforas, sino que aun escritores como Bossuet caen en este defecto, cuando llevados de su ardiente imaginacion las prolongan demasiado, solo añadiré otras dos de escritores nuestros.

Francisco de la Torre, en su égloga *Tirsis*, dice por boca de un amante:

*¿Qué cruda furia triste  
Persigue mi sosiego,  
Talando á sangre y fuego  
El real de mi pecho saqueado,  
A mi contrario francamente dado,  
Si hasta ser como á prision rendido,  
Sin ser como enemigo perseguido?*

Decir un enamorado que su corazon *se ha rendido* á la be-



leza que adora, es una expresion metafórica tan usual que apenas ya lo parece; pero llevar tan adelante la comparacion en que se funda, que el rendido pecho sea un *real dado francamente al contrario*, y sin embargo *talado á sangre y fuego*, es sutilizar el pensamiento, ó prolongar demasiado la metáfora. Mas alambicada es todavía una de Lope en el lib. xviii. de la *Jerusalen*. Trata el rey de Francia de volverse á Europa con sus tropas; y habiéndolo propuesto en su consejo, se opondrá Uberto, dice que él no abandonará la empresa de tierra Santá, y entre otras razones da esta:

Que cuando considero que esta tierra  
Pisada de sus plantas soberanas (\*),  
Tantos vestigios de su vida encierra  
Para reparacion de las humanas;  
*Bajan dos rios de la blanca sierra*  
*Al valle de la yerba de mis canas,*  
*Donde se anega el pensamiento mio,*  
*Y baña el alma celestial rocío.*

Llamar *rios* á las lágrimas que el dolor hace derramar, es una hipérbole muy recibida; pero querer, porque las hemos llamado *rios*, que la cabeza en que están los ojos de donde bajan, sea una *sierra blanca*, y las mejillas y la barba por donde corren, un *valle*, y las canas *yerbas*, y que en este valle inundado por los rios se *anegue* el pensamiento, y el alma se *bañe* en celestial rocío; es oscurecer con expresiones metafóricas un pensamiento muy claro.

*Regla octava.*

No basta que las metáforas continuadas tengan las calidades que se piden en las dos reglas anteriores, y que tanto en ellas como en las simples se observe cuanto se ha dicho, así en orden á los objetos de donde se tomen y la semejanza en que se funden, como respecto de las expresiones que se junten á la metáfora principal; *es menester ademas no multiplicarlas unas y otras demasiado*: 1.º en general por todo el discurso de la obra, porque el estilo resultaria hinchado, alegórico y oriental; y 2.º sobre un solo objeto, porque esto hace confusa la imagen, y de consiguiente es contrario á la claridad, la primera y mas necesaria calidad en todo escrito. Para que se entienda lo que se quiere decir en esta última parte de la

1. Las de Cristo. Nota del autor.

regla, es menester distinguir las metáforas *amontonadas* de las que hemos llamado *continuadas*: un ejemplo hará ver su diferencia. Si comparada mentalmente una persona con la luz, dijese yo de ella varias cosas que pueden convenir á la luz, haria una metáfora continuada; pero si dijese como nuestro Calderon, hablando de Semiramis (*Hija del aire*, 1.ª parte.):

Digo, Señor, que en el centro  
Hallé de una oscura cueva,  
*Bruto* el mas bello diamante,  
*Bastarda* la mejor perla,  
*Tibio* el mas ardiente rayo,  
Y la mas viva luz muerta;

amontonaria cuatro metáforas sin continuar ninguna. Se ve pues que en las continuadas comparamos el objeto con uno solo de los que nos parecen semejantes; y supuesta la comparacion, decimos de él varias cosas que le convienen, en cuanto se presenta bajo la imagen del otro cuyo nombre le hemos dado; y que en las amontonadas se compara sucesivamente el objeto con varios de los que á juicio nuestro se le parecen. De estas pues se dice que así acumuladas, son generalmente defectuosas, aun cuando cada una de por sí sea acaso exacta y bien escogida; porque, como observa Blair, muchas metáforas puestas unas sobre otras producen una confusion igual á la que resulta de una metáfora mixta; siendo muy difícil que el entendimiento pase por tantos y tan diferentes aspectos de un mismo objeto con la rapidez con que se le presentan. Así en el citado pasaje de Calderon es casi imposible, que en el cortísimo espacio de tiempo que se gasta en pronunciar ó leer los versos, en que están las cuatro palabras metafóricas *diamante*, *perla*, *rayo*, *luz*, el oyente ó lector pueda ver con claridad la semejanza que cada una de estas cuatro cosas puede tener, si es que tiene alguna, con la mujer hermosa, y figurarse á esta casi en un instante bajo la imagen de cuatro objetos tan diversos entre sí, que solo se parecen en que todos brillan mas ó ménos; pero de cuán distinto modo!

Estas son todas las reglas que deben tenerse presentes en el uso de las metáforas, y en la composicion de las alegorías, si alguna vez se escribe en asunto y género en que puedan introducirse, pues en muchos no tienen cabida las alegorías rigurosamente tales, á lo ménos las muy largas.